

Luis Durand

## Adiós a Domingo

Y ahora, al final de estas páginas, en que sus amigos y compañeros de letras, han dicho lo que pensaron de usted querido Domingo, yo no sé qué decirle porque hay en mi corazón una rara emoción, una recóndita tristeza que me impide dar forma a todos aquellos momentos de nuestra amistad a lo largo de veinte años que se pasaron fugaces como una rápida visión en la cual hubo anhelos, ilusiones, esperanzas y todo esto que es la vida antes de dormiros definitivamente.

Oigo afuera cantar los pájaros y su dulzura melódica parece quedarse en la luz, suspendida, como un encantamiento que deseáramos aprisionar para llevarlo dentro del pecho y que nos sirviera de amparo frente a lo incierto, a lo inesperado, a esa mañana que nadie está seguro de ver, porque ese es nuestro efímero destino. Temo decirle en estos instantes palabras cursis, ante las cuales usted, sonreiría con esa amable cordialidad tan suya, para mirar sin actitudes de magister, todo afán que no alcanzaba a realizarse, pero que se

ennoblecía en el intento de trasuntar belleza. Y era que había en usted, Domingo, no sólo el hombre que amaba el arte por lo que nos da en gozo y emoción estética, sino un hombre trascendido de humanidad. En su alma, como una oculta vertiente de honda pureza, el sentimiento sin alarde ni aparente simulación, era el poderoso estímulo que daba calor a la amistad y la hacía arder en permanente luz de efusiva comprensión.

Yo no sé decir palabras trascendentales, ni en mi mente se albergan esas disciplinas intelectuales de las que se hace tanto caudal ahora. Soy un hombre que me guío por el sentimiento y él deja huellas que se hacen más sensibles cada día para penetrar en ese misterio de nuestro yo que nadie sabe hasta dónde puede llegar. Y siempre que lo recuerdo, cada vez que su sonrisa, en el recuerdo, me hace saltar el corazón, pienso en esos días en que éramos buenos compañeros y me daba usted un consejo, o una palabra de estímulo cariñoso, cuando en el diario yo había escrito algo que le agradaba y que había coincidido con usted en la manera de expresarlo.

Me doy cuenta que al escribir estas líneas, he tomado sin darme cuenta, el tono epistolar. Y no quiero rectificarlo, pues me parece que usted no ha desaparecido de nuestro afán cotidiano; porque no pasa nunca un día sin que alguien diga: ese día que fuimos con Melfi... A Melfi le gustaba mucho ese libro... Son voces espontáneas del afecto que permanece vivo

y cordial, como en una conversación amable que no ha de terminar.

Recuerdo que un día mi hijo estuvo enfermo en la Asistencia Pública. Y de pronto vió que usted entraba a verlo. Y más tarde, cuando yo llegué, lo vi con los ojos brillantes y una ráfaga de felicidad en el rostro para decirme: «Papá, me vino a ver don Domingo. ¡Qué gran persona es! ¿Verdad?». Yo nada le dije, pero recordé que muchos años antes, yo también estuve enfermo en un hospital de provincia. Y allá llegó Domingo a verme un día de sol, una mañana en que cantaban los pájaros y la luz era una fiesta vibrante en el aire de un luminoso otoño. Sin embargo, yo estaba enfermo, más que de males físicos de esa terrible soledad, que sólo uno siente hasta qué punto es de grande, y que jamás logra expresar. Y cuando llegó el amigo me pareció que todo cobraba alegría, optimismo; esa felicidad de hombres que tuvieron la suerte, de saborear ese milagro que es la verdadera amistad.

Una tarde en la Feria del Libro, en la Alameda, leí yo un trabajo sobre su personalidad literaria. Y usted Domingo no me dijo nada, sino que se reía gozoso, como un niño, sujetándome la mano. Y el calor de su mano me transmitía su afecto, me decía tantas cosas que las palabras no hubieran podido decir. Otra noche, la víspera de su viaje a los E. E. U. U. yo le ofrecí la manifestación y usted, hombre que se cuidaba mucho de no demostrar excesivamente sus sentimientos, tenía los ojos húmedos y me miraba con esa

mirada que sólo la amistad leal puede dar su más expresivo significado.

Me ha tocado organizar en «Atenea», este homenaje a su recuerdo. Y le agradezco a don Enrique Molina su designación, para sucederle en la dirección de esta revista, porque ello me ha dado oportunidad, de demostrarle una vez más mi amistad y mi afecto. Mi cariño por mejor decir ¿Por qué los hombres no se han de querer con esa noble pureza que provoca la afinidad espiritual?

María, su esposa, la otra tarde me dijo en el jardín de su casa, con los labios trémulos y la voz nublada: «He comprobado, Durand, que de pena no se puede morir». Sin pensarlo, expresó nítidamente hasta qué punto la desgarraba el dolor de su ausencia. Y Mariano Latorre al encontrarse con Ramón Valenzuela, al día siguiente de su partida, le dijo: Con la muerte de Domingo, muere también una parte de nuestra propia vida...

Así espontáneamente han surgido frases que demostraron que usted Domingo, era, en nuestra amistad, parte de nuestra vida espiritual. Oigo cantar afuera a los pájaros como en esa mañana en que usted me fué a ver a un hospital provinciano, para después ir a tomar el tren. En este otro viaje uno no sabe cuándo lo tomará. Adiós, Domingo.